

30  
Cts

SALLY EILERS  
ROSITA MORENO  
NORMAN FOSTER  
RALPH MORGAN

el  
FILM  
de  
HOY

murallas de Oro



AÑO I

NÚMERO 16

## EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

## MURALLAS DE ORO

Interesante asunto, interpretado por SALLY EILERS,  
ROSITA MORENO, NORMAN FOSTER, RALPH  
MORGAN, ROCHELLE HUDSON

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

Hispano FoxFilm, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Postal regalo: RAUL ROULIEN



Prohibida la  
reproducción

IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU 155 - TELÉFONO 76307 - BARCELONA

# Murallas de oro

Argumento de la película

## I

Jeanie interrumpió su tarea para ir a comer. Salió de su despacho. Jonny, su tenaz pretendiente, le salió al paso para acompañarla como de costumbre y, también como de costumbre, para pedirle que se casara con él.

Se dirigieron rápidamente hacia el ascensor que llegaba en aquel momento, y otra persona que con la misma celeridad iba también hacia el ascensor, tropezó involuntariamente con Jeanie. A consecuencia del encontronazo, a la joven se le cayó el bolso, que se abrió y desparramó su contenido por el suelo.

El desconocido quiso ayudar a Jeanie a recoger sus cosas,



pero, con tan mala fortuna, que su pie se apoyó sobre el estuche de la barrita de carmín y la trituró. El joven recogió los restos y se los entregó a Jeanie, balbuceando palabras de disculpa.

Ella ni siquiera le contestó. Recogió rápidamente, ayudada por Jonny, los demás objetos desparramados, los introdujo en el bolso, se cogió del brazo de su acompañante y lo arrastró al interior del ascensor cuya puerta estaba a punto de cerrarse.

Barnes, así llamado el desconocido, entró tras ellos.

Descendieron en el piso en que estaba el restaurante y salieron del ascensor, también seguidos de Barnes.

—Jonny, ve al restaurante y pide la comida—dijo Jeanie—. Yo voy a comprarme una barrita de carmín.

—Pero te casarás conmigo, ¿verdad?—le preguntó Jonny antes de dejarla marchar.

—No seas pesado. Ya te he dicho mil veces que no.

Jeanie iba a marcharse, pero Jonny la detuvo.

Sacó un numerador automático del bolsillo, lo pulsó y dijo:

—Sólo han sido doscientas setenta y una vez las que me has dado calabazas y no mil, como tú dices.

Jonny se dirigió al bar-restaurante y Jeanie a la perfumería del rascacielos. Pidió una barrita de carmín. El dependiente la puso sobre el mostrador y el joven del tropezón, que la había seguido, cogió la barrita, entregó un billete al dependiente y ofreció el carmín a Jeanie.

Ella lo rechazó con firmeza.

—No acostumbro aceptar regalos de nadie — dijo con cierta sequedad.

—Perdone, pero en este caso me corresponde pagar a mí, porque le rompí la que usted tenía. Me llamo Barnes y...

Pero Jeanie cogió otra barrita que pagó de su dinero y

salió de la perfumería dejando a Barnes con la palabra en la boca.

Este, sin desanimarse, salió tras ella y siguiéndola, entró en el restaurante, se sentó en una mesa próxima a la que ocupaba Jeanie y estuvo contemplándola a su sabor. Era bonita de verdad, pero sobre todo, aquella cara resultaba inteligente e interesante.

Barnes no quitaba ojo a la hermosa joven. Vió como su acompañante le decía algo y ella respondía con un movimiento negativo de cabeza. Entonces Jonny sacó del bolsillo el numerador automático y lo hizo funcionar una vez más. La escena se repitió varias veces durante la comida.

De pronto vió Barnes que un amigo suyo se acercaba a la joven y hablaba con ella y su acompañante. Cuando se separó de ellos, Barnes le llamó para decirle:

—Me vas a hacer un gran favor. Por lo visto, conoces a aquella muchacha tan bonita. ¿Me quieres presentar a ella?

—Es Jeanie Stteller—explicó el amigo—. Una muchacha muy inteligente que dirige una agencia de negocios. El que está con ella es un perpetuo pretendiente suyo. Ella no le quiere. Dice que sólo se casará con el hombre que sea su ideal. Desde luego, puedo presentarte cuando quieras.

—Pues cuanto antes mejor — repuso Barnes poniéndose en pie.

Se acercaron a la mesa de Jeanie y el amigo hizo las presentaciones:

—Jeanie Stteller y Jonny Carton. Dos grandes amigos... Barnes Gordon, compañero mío de estudios y sobrino del famoso Gordon Ritchie, rey del acero.

Sé estrecharon las manos. Barnes se sentó al lado de Jeanie y el amigo se despidió.

No tardó en darse cuenta la joven de que Barnes era un joven sumamente simpático y, acaso por eso, consultó el reloj y dijo poniéndose en pie:



—Es tarde. He de marcharme.

Pagó cada cual lo suyo y Barnes suplicó a Jeanie:

—Si me lo permite, la acompañaré. Quiero conseguir su perdón.

Pero ella se apresuró a replicar:

—Ya está usted perdonado.

Y le tendió la mano, lo mismo que a Jonny, lo que equivalía a declarar que no quería que nadie la acompañase.

## II

Desde aquel día Barnes procuró estrechar sus recientes lazos de amistad con Jeanie y lo consiguió gracias a su tenacidad y a su simpatía.

Barnes dedicaba a Jeanie todas sus horas libres y al contrario que Jonny, su perseverancia dió al fin el fruto deseado: la joven acabó por corresponder a su fervoroso amor.

Un día Barnes fué a la oficina de Jeanie antes de que ella abandonara su trabajo.

—Vengo a invitarte a una fiesta que da mi tío—le dijo de buenas a primeras—. Le he dicho que eres mi prometida.

Ella fingió un asombro que no sentía.

—¿Tu prometida? ¿Desde cuándo?

—Si tú quieres desde este momento.

Jeanie sonrió.

—Es un modo original de declararse. Acepto.

Y se dieron el primer beso.

En realidad hacía ya algún tiempo que se consideraban el uno del otro.

Salieron del despacho. Fueron a comer, por indicación de Barnes, a un restaurante de las afueras.

—Te he traído aquí—explicó el joven—, porque soy un amante del campo y de la naturaleza. Cuando nos casemos viviremos en una casita alejada de la ciudad. Claro es que si a ti te parece bien.

—No me gusta mucho el campo, pero a tu lado me parece delicioso.

Cuando acabaron de comer Barnes propuso:

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo en automóvil por el campo?

—Como quieras. Pero llévame hacia la montaña.

Subieron al auto de Barnes y se dirigieron hacia una aldea próxima a la montaña. Barnes iba encantado y Jeanie no parecía muy entusiasmada por las bellezas naturales que se ofrecían a su alrededor. Era como si estuviera haziada de aquellos encantos por haber gozado de ellos durante mucho tiempo.

De pronto, y cuando llevaban varios kilómetros recorridos, dijo Jeanie:

—Para ante aquella casita. Pediremos un vaso de agua. Detuvo Barnes la marcha del auto ante la casa indicada y se apearon.

Llamaron a la puerta.

Abrió una señora anciana, la cual al ver a Jeanie, y ante



el desconcierto de Barnes, se arrojó en sus brazos lanzando exclamaciones de alegría.

—¡Jeanie, hija mía! ¡No te esperaba!

—¡Hola, mamá! — repuso Jeanie—. ¿Y Honey, dónde está?

—En el jardín. Ahora la llamaré.

Jeanie presentó entonces a su prometido que estaba como quien ve visiones.

—¡Y yo que creía que no te agradaba el campo, Jeanie!

—exclamó Barnes.

—He nacido en él y después de ti es lo que más quiero en el mundo.

La madre llamó a Honey que llegó corriendo. Era la hermana menor de Jeanie. Una muchacha ingenua y encantadora que se ruborizó al entregar su mano a la presión de la de Barnes.

Ella, en aquel solitario rincón del mundo, había soñado muchas veces con tener por novio primero y después por marido, a un joven tan distinguido y arrogante como el prometido de su hermana.

La buena madre no se cansaba de contemplar a Jeanie, a la que no había visto hacía siglos, según ella y hacía días según el calendario.

Y mientras madre e hija charlaban a parte, Honey hacía los honores a Barnes, un poco confundida por la admiración que aquel hombre le inspiraba y un poco azorada ante el hecho de tenerlo tan cerca.

Barnes se daba cuenta de lo que pasaba en el alma de Honey.

A través de aquellos ojos cándidos y transparentes podía verse el alma de la ingenua.

Y si Honey no envidió a Jeanie fué porque amaba a su hermana con toda la grandeza de su corazón y le bastaba

verla a ella feliz para sentirse contagiada de aquella felicidad.

\* \* \*

Jeanie y Barnes asistieron a la magnífica fiesta que dió J. Gordon Ritchie, el rey del acero.

Era éste un hombre de edad madura, pero tan compuesto y acicalado como un joven de veinte años.

Tenía fama de conquistador y a fe que el millonario daba pie para ello, mostrándose sin ningún recato en público, acompañado de bellas mujeres que cambiaban con tanta frecuencia como los cuartos de la luna.

¿Dónde estaba el secreto del éxito? ¿En los atractivos personales? ¿En los millones? A Gordon Ritchie no le importaba lo más mínimo dilucidarlo. Lo cierto era que él tenía a las mujeres más hermosas. Con eso le bastaba.

Durante la fiesta, Barnes aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para hablar a solas con su tío.

—¿Qué te ha parecido Jeanie?—le preguntó.

—Muy bonita—repuso el millonario.

—¿Nada más?

—¿Qué más puede decirse de una mujer?

—¿Crees acaso que todas son iguales?

—Así lo creo, Barnes.

—Pues cometes con Jeanie una gran injusticia. Ella es una mujer excepcional. Todas las virtudes se compendian en su alma.

—Todas las mujeres tienen un punto débil por donde se les puede atacar y ese punto es el amor a los vestidos y a las joyas.

Barnes se echó a reír.

—No dudo que a Jeanie le gustarán las joyas y los vestido bonitos, pero estoy seguro de que esa inclinación na-



tural de su alma de mujer, no la impulsará jamás a salirse un solo milímetro del camino recto.

Gordon Ritchie sonrió incrédulamente.

—No lo dudes, tío—insistió Barnes con firmeza—. Tengo las pruebas de que Jeanie es inatacable por ese flanco. No acepta regalos de nadie.

—Eso habría que verlo. ¿Crees que es fácil hacer un regalo a una mujer? No, querido sobrino. Para hacer un regalo y que la mujer lo acepte—ciertas mujeres, claro es, pues otras lo piden apenas te conocen—hace falta un tacto y una habilidad que no todos poseen.

—¿Quieres decir que tú conseguirías que Jeanie te aceptara un regalo?

—No quería decir eso, pero ya que lo has sacado a colación, te diré que Jeanie, como todas, aceptaría un regalo mío.

—Puedes intentarlo, si quieres, pero te anticipo que tu fracaso será ruidoso.

Y no hablaron más del asunto.

### III

Jeanie recibió unas letras de Gordon Ritchie, rogándole acudiera a las cuatro a una casa de modas donde él estaría esperándola, para hablar de un asunto referente a su compromiso con Barnes.

Al mismo tiempo, el sobrino recibió una nota en la que su tío le suplicaba que estuviera en su casa a las cuatro y media.

Jeanie acudió a la llamada del tío de su prometido y cuando la joven le preguntó por qué la había citado en aquel lugar, repuso:

—Es que quiero que me haga usted un favor.

—¿Yo?

—Sí. Usted que tanto gusto tiene para vestir me elegirá un abrigo de pieles a su gusto. Tengo que hacer un regalo y me encuentro en un verdadero conflicto.

—Le aconsejaré con mucho gusto, señor Gordon, pero le advierto que no tengo práctica en la elección de pieles.

—Tiene usted un gusto exquisito y con eso me basta.

Pasaron a la sección de pieles y Jeanie quedó prendada de un abrigo de armiño de blancura incomparable.



Gordon, con su experiencia en cuestiones femeninas, se dió cuenta al punto de que una chispa de ambición brillaba en los ojos de Jeanie.

Y pensó:

—“Igual que todas”.

—Este es precioso—dijo la joven.

—¿Quiere probárselo para que me dé cuenta?

Jeanie se lo puso y se contempló en el espejo.

Estaba hermosísima. La blancura nacarada de su piel armonizaba con la blancura inmaculada de las pieles del abrigo.

Gordon la dejó que se recreara en la contemplación de su propia belleza, dejó que la tentación se filtrara hasta lo más profundo de su alma.

Y entonces preguntó:

—¿Le gusta?

—Es precioso—repuso ella sin poder disimular su emoción.

—Le sienta maravillosamente.

—El blanco es uno de mis colores favoritos. ¡Y este abrigo es tan hermoso!...

Fué a quitárselo, con pena, pero Gordon lo impidió.

—No se lo quite. Es para usted.

Ella se puso súbitamente seria.

—No acostumbro aceptar regalos de nadie, señor Gordon.

—¿Acaso no piensa usted cumplir su compromiso de casarse con Barnes?

—Cuando doy una palabra nunca me vuelvo atrás.

—Entonces ¿qué tiene de particular que yo, que voy a ser su tío, le haga un regalo?

Jeanie no se quitó el abrigo. El argumento no acababa de convencerla, pero ella deseaba dejarse convencer.

¡Era tan hermoso aquel abrigo!

Aun insistió débilmente en su punto de vista, pero Gordon

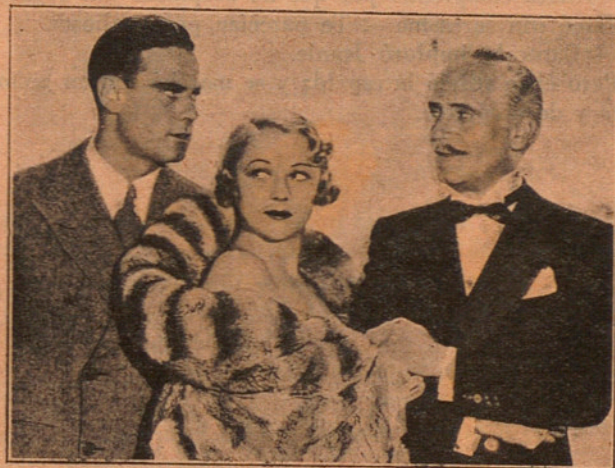
encontró las palabras precisas para convencerla y Jeanie salió de la casa de modas con el abrigo puesto.

De allí se dirigieron al domicilio de Gordon, donde Barnes esperaba a su tío.

Cuando el joven vió entrar a su prometida envuelta en el magnífico abrigo de pieles, se mostró muy sorprendido.

—¿De dónde has sacado ese abrigo?—le preguntó.

Gordon repuso por ella:



—Se lo he regalado yo.

—Se lo he regalado yo.

Barnes miró incrédulamente a Jeanie, pero ella le confirmó las palabras del millonario.

El joven empalideció. Todo el castillo de sus ilusiones se había desplomado de pronto en su interior. Gordon sonreía irónicamente, y aquella sonrisa era como una puñalada en su sangrante corazón.



—¿Tú eras la mujer virtuosa que no aceptaba regalos de nadie?

—¡Barnes, yo te explicaré...!

—No quiero tus explicaciones.

—¿Qué tiene de particular que haga un regalo a la que va a ser tu esposa?—dijo su tío.

Pero Barnes no se dejaba convencer por tan débiles argumentos.

—Ahora comprendo por qué no aceptabas mis regalos—exclamó con sarcasmo—. Te parecían poco valiosos.

—¡Barnes!—imploró Jeanie.

Pero él le volvió la espalda y se marchó con un gesto de asco y de desprecio.

## IV

Los días que siguieron fueron espantosos para Barnes.

No podía arrancar la imagen de Jeanie de su pensamiento, pero estaba decidido a no perdonarla jamás.

Bebía sin tregua y entre las nieblas de su embriaguez veía el rostro inolvidable de Jeanie.

¿Acabaría dejándose vencer por aquella obsesión?

Y, para evitarlo, se le ocurrió una solución: se casaría. Así desaparecería el peligro aunque la imagen de Jeanie siguiera obsesionándole.

Y, sin saber por qué, el recuerdo de Honey acudió a su mente. Honey era la muchacha inocente e ingenua que no conocía la ambición ni el afán de lujo que palpita en la atmósfera de la urbe. Honey podría hacerlo feliz porque le daría la paz que su corazón necesitaba.

Y fué a contar a Honey sus cuitas y le pidió que se casara con él.

No hay palabras para describir la emoción y la sorpresa de la muchacha cuando recibió la petición de labios de Barnes.



Trémula y asustada, le rechazó al principio, pero cada vez que Barnes insistía, sus negativas eran más débiles.

Ella amaba a Barnes desde el momento en que le viera por primera vez, y este amor había ido en aumento conforme pasaban los días y aquella figura arrogante se familiarizaba con su imaginación.

Y acabó por aceptar las demandas de Barnes.

A todo esto, el joven, después de sostener una violenta discusión con su tío, en cuyas oficinas trabajaba, había puesto a su disposición el empleo, porque su dignidad le impedía aceptar de él el favor más insignificante, y en seguida empezó a hacer gestiones para trasladarse a Méjico donde había vacante un puesto que le convenía.

En cuanto a Jeanie, no había sufrido menos que Barnes en los días que siguieron a la violenta ruptura.

¡Cuántas veces se arrepintió de haber aceptado aquel regalo!

"Tuvo razón Barnes en despreciarme", se decía. "Una mujer digna no debe aceptar ciertos regalos".

Y rechazaba cuantas proposiciones consoladoras le hacía Gordon Ritchie, el cual había llegado a pedirle que se casara con él.

Una mañana, al llegar a su despacho, se encontró Jeanie con una carta de su hermana en la cual le participaba su próximo enlace con Barnes.

Se dejó caer anonadada en un sillón y así permaneció durante varios minutos. De pronto reaccionó y se propuso olvidar absorbiéndose en el trabajo.

En aquel momento la llamó Gordon por teléfono y le suplicó asistiera a una excursión que proyectaba en su yate para el próximo fin de semana.

Aceptó. Así se distraería.

Llegó el sábado y Gordon, por temor a que Jeanie no

cumpliera su promesa, fué a buscarla. Juntos se trasladaron al yate.

Aprovechando un momento en que Jeanie, ensimismada en sus pensamientos, permanecía sola junto a la borda, el millonario se acercó a ella.

—¡Qué pensativa está usted, Jeanie! ¿Se arrepiente de haber venido?

—No, nada de eso. Estas excursiones me encantan. Estoy cansada. Eso es todo.

—No trate de engañarme. Sé lo que usted tiene. Hace usted mal en afligirse por Barnes. Mi sobrino no la merecía a usted. Su comportamiento ha sido indigno.

Intentó Jeanie protestar, pero Gordon continuó hablando:

—Por otra parte, Barnes no le podía ofrecer a usted nada. Era un simple empleado. No dudo que usted lo quisiera, pero el romanticismo ha pasado a la historia. Hoy, para ser feliz, hace falta otras muchas cosas además del amor... Sin embargo, usted puede conseguir todo con una sola palabra... Usted sabe que yo la adoro. Poseo una fortuna. Pues bien, mi cariño y mi dinero están a su disposición. Casémonos, Jeanie. Iremos a Europa. Recorreremos el mundo y pronto ese amor que le profesa a Barnes, será sólo una sombra en el pasado. Ese amor será mío, porque yo sabré ganarlo.

Jeanie no contestó.

Y Gordon, viendo en aquel silencio una respuesta afirmativa, continuó su discurso hasta conseguir que ella aceptara.

Sí, se casaría con el millonario; un segundo Barnes no iba a encontrar y, para casarse con otro, más valía que se uniera a Gordon, que la quería y poseía una inmensa fortuna, "Además—pensó—, los continuos viajes me harán olvidar".



## V

La ceremonia de la boda fué fastuosa.

Tras ella, se embarcaron para dirigirse a Europa.

La madre y la hermana de Jeanie fueron a despedirla al buque y, a pesar que la recién casada quiso aparecer dichosa, su madre leyó el dolor en el semblante de su hija.

Honey, sintiéndose culpable del sufrimiento de su hermana, por haberle arrebatado a Barnes, permanecía muda; no sabía qué decirle.

Apareció Gordon y con finura hizo que abreviaran la despedida.

Unos abrazos y madre e hija salieron del lujoso trasatlántico.

Poco después, la ciudad flotante zarpaba y Jeanie se dirigía, con el corazón destrozado, al camarote, donde la esperaba el tálamo nupcial.

Recorrieron Europa, viajaron sin descanso y Jeanie, que creía que aquel ajetreo la haría olvidar, se dió cuenta que, por el contrario, aumentaba la nostalgia de su único amor.

Por otra parte, empezó a descubrir en Gordon un hombre sin corazón y ferozmente egoísta. Cada vez le amaba menos y pronto llegó a detestarlo.

Deseaba un hijo, un hijo que le diera el consuelo de la adoración maternal y le hiciera más llevadero su calvario. Un día que expuso a su esposo sus deseos le dijo éste:

—Los matrimonios como nosotros no deben tener hijos. Yo no los deseo, entiéndelo bien.



*... y Jeanie se dirigió, con el corazón destrozado, al camarote...*

Entonces acabó de saber Jeanie hasta dónde llegaban el egoísmo y la dureza de corazón de aquel hombre. Cada día sus almas estaban más distanciadas.

Un día, en París, asistieron a una gran carrera de caballos. Junto al palco que ocupaba el matrimonio, había una be-



llísima mujer acompañada de varios elegantes caballeros. La hermosa dama se sentó al lado de Gordon, y éste, con el pretexto de ofrecerle los gemelos, entabló conversación con ella.

—He perdido—dijo ella tristemente cuando le devolvió los gemelos.

—¿A qué caballo jugaba?—preguntó Gordon.

—Me dijeron que iba a ganar “Centella”, y aposté doscientos francos.

—Le aconsejaron mal. Si quiere ganar, apueste ahora al número 9. Por lo menos llegará *colocado*.

Ella apostó y ganó.

—No sé cómo pagarle este favor—dijo a Gordon.

Y el millonario, que se daba cuenta de que no era mujer difícil, repuso al mismo tiempo que le entregaba una tarjeta:

—Muy sencillo. Venga a cenar esta noche conmigo al hotel.

Ella leyó la tarjeta y entregó a Gordon una suya al mismo tiempo que contestaba:

—Iré.

El leyó la tarjeta de la hermosa mujer.

“Carla Monterez, Bailarina.”

Jeanie no había perdido una sola palabra de la conversación, pero tuvo la serenidad suficiente para disimular. Estaba avergonzada, asqueada.

Salieron del hipódromo y se encaminaron al hotel, donde entregaron a Jeanie un cablegrama de América. Fué a abrirlo, pero Gordon se lo arrebató de las manos y lo leyó. “Es de tu madre”, dijo, devolviéndoselo.

Jeanie lo leyó.

“Honey tuvo hijo. Hubo que operarla.”

—Tenemos que marcharnos a América en seguida—dijo Jeanie resueltamente.

Gordon, que ya estaba cansado de tanto viaje y que estaba deseando llegar a Nueva York para dar las últimas instrucciones en el decorado de la casa que estaban a punto de terminarle, accedió. No obstante, por la noche supo deshacerse de su esposa y cenar con la hermosa bailarina, a la que ofreció su casa en Nueva York.

Al regresar de Europa Jeanie, su madre fué a visitarla y le confirmó la triste noticia de que había sido preciso operar a Honey y que aún estaba en el hospital.

Jeanie dispuso que su madre se quedara allí mientras Honey estuviera en el hospital, pero Gordon se opuso con el pretexto de que iba a trasladar su residencia a la nueva casa de un día a otro.

Al siguiente día, y cuando Gordon y su esposa ultimaban detalles de decoración con los constructores, se presentó un criado anunciando a Jeanie que la llamaban al teléfono.

Salió ella inmediatamente, y con el natural sobresalto recibió un aviso del hospital comunicándole que su hermana estaba muy grave.

Inmediatamente, y a pesar de que su esposo trató de disuadirla, se fué al hospital.

Entró en la sala donde estaba Honey y ésta, al verla, experimentó una gran alegría.

—No sabes cuánto celebro que hayas venido. Voy a morir y quiero decirte algo muy importante.

—No me digas nada ahora—repuso Jeanie para tranquilizarla—. Cuando estés buena me lo contarás. Tienes que descansar.

Se había sentado junto a la cabecera de la cama y mien-



tras hablaba retenía entre las suyas, con ternura fraternal, la mano de Honey.

—No, Jeanie—dijo ésta débilmente—. Sé que voy a morir. Lo presiento. Y no quiero marcharme sin hablarte de lo mal que obré contigo.

Jeanie hizo un ademán de protesta, pero su hermana continuó:

—Ante todo, prométeme que si muero no abandonarás a mi hijo.

—¡Quién piensa en eso, querida!—protestó Jeanie—. Estás un poco delicada, pero nada más.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Honey hizo un último esfuerzo y dijo:

—Yo sé que Barnes te quiere y te quería a ti. Pero yo también lo quería y cuando me pidió que me casara con él accedí. Te hice mucho daño. Lo sé. Pero te pido que me perdones.

Y, agotada por el esfuerzo, quedó exánime.

Jeanie llamó al doctor, que acudió rápidamente al lado de la enferma. El semblante del médico se ensombreció.

Lo que Jeanie había creído un desmayo era la muerte.

Se abrazó al cuerpo inerte de Honey y lloró con amargura infinita.

Cuando regresó a casa enteró a Gordon de lo ocurrido y le comunicó su propósito de traerle el niño a su lado.

Se opuso Gordon, pero Jeanie le amenazó con separarse de él si no accedía a su deseo y días después el niño estaba instalado en casa de Gordon Ritchie.

## VI

Barnes trabajaba febrilmente en la parcelación de unos terrenos cuando recibió la noticia del nacimiento de su hijo, y semanas después, un telegrama firmado por Jeanie, notificándole la muerte de Honey y enterándole de que se había hecho cargo del hijo.

Barnes quiso volver inmediatamente a Norteamérica, pero, al no encontrar quien le substituyera en su puesto, la compañía le negó el permiso. Y allí se quedó, con el corazón destrozado, pero sintiendo un extraño consuelo al pensar que su hijito estaba con Jeanie.

Mientras tanto, en Nueva York, Gordon y su esposa se habían trasladado a su nuevo palacio de Long Island.

El daba fiestas por cualquier motivo y ella atendía con cuidados de madre al hijito de Honey, al que adoraba cada día más.

Así transcurría el tiempo.

Una mañana, cuando el niño estaba en el jardín al cuidado del ama, apareció inopinadamente Barnes, cargado de juguetes, se acercó al pequeño y, después de comunicar al



ama quién era, se puso a jugar con aquel angelito rubio, que ya era un hombrecito de dos años.

En aquel momento, Jeanie, como de costumbre, salió al jardín y su sorpresa fué indescriptible al contemplar la escena.

—¡Barnes!—exclamó—. ¡Tú aquí! ¿Cómo no avisaste tu llegada?

Barnes se había puesto en pie y, emocionado, tendía la mano a Jeanie.

—No tuve tiempo de telegrafarte. Apenas me dieron el permiso corrí a la estación para tomar el tren. ¡Tenía tantas ganas de ver a mi hijo!

Callaron.

La emoción les cortaba la palabra. Los dos se daban cuenta del gran error que habían cometido y los dos estaban obsesionados por esta idea.

El dijo por fin:

—¡Qué buena has sido! ¡Cuántas molestias te has tomado por mi hijo! Pero ahora te dejaré tranquila. Vengo a llevármelo.

Jeanie empalideció. Sólo el pensar que pudieran separarla de aquel niño que adoraba como si fuera hijo suyo, la llenaba de una angustia infinita. Logró sobreponerse y repuso:

—Tú eres su padre y puedes hacer de él lo que quieras.

Pero Barnes, que había advertido el efecto que causaron sus palabras a Jeanie, le preguntó:

—¿Tanto lo quieres?

—Es lo único que quiero en el mundo.

—¿Lo único?—preguntó él de un modo extraño.

Y ella repuso bajando la vista:

—Lo que más quiero.

Y añadió con vehemencia:

—¡No me lo quites, Barnes! Es la única alegría que tengo en el mundo. De no ser por él ¡qué hubiera sido de mí! Puedes venir a verlo cuando quieras. Yo seguiré cuidándolo, adorándolo como hasta aquí. ¡No me lo quites!

Tantas fueron las súplicas y tanta la emoción que puso en ellas Jeanie, que Barnes advirtió los sufrimientos de la mujer que había amado y que, a pesar del tiempo transcurrido, todavía amaba, y accedió a dejar al niño con Jeanie, poniendo como única condición verlo diariamente.

\* \* \*

Días después de la llegada de Barnes, dió Gordon una fiesta para celebrar la inauguración de una nueva y suntuosa piscina.

Hubo saltos de palanca y concursos de natación. Después bailes.

Barnes asistía a la fiesta, no por diversión, sino porque así podía ver a su hijito y a Jeanie.

Inopinadamente, la Monterez se presentó en la fiesta.

Gordon torció el gesto al verla entrar. Ella le había pedido que la invitara, pero él, que quería librarse de ella y no sabía cómo, se excusó.

Mas ¿qué significaba una negativa para la Monterez? Desafiando la opinión contraria de Gordon, se presentó en la fiesta.

El millonario salvó la situación diciendo a los invitados que había invitado a la gran bailarina para que amenizase la fiesta con uno de sus bailes inimitables, pero esto no sirvió de freno a la murmuración. Todos los invitados empezaron a hacer comentarios que no eran precisamente favorables a Gordon, pues todo el mundo sabía que la bailarina era la amante del millonario, desde que éste realizó su viaje de bodas.



Jeanie soportó la nueva afrenta, pero cuando la Monterez terminó de bailar y Gordon se disponía a acompañarla a su habitación, intervino cortésmente:

—Yo misma la acompañaré, Gordon. Quédate tú atendiendo a los invitados.

Gordon le dirigió una sonrisa de gratitud. A eso le llamaba él ser una persona razonable.



*Barnes asistía a la fiesta...*

Jeanie y la Monterez llegaron al vestíbulo. La artista se dispuso a subir la escalera, pero Jeanie la detuvo.

—Por ahí, no; por aquí...

Y señalaba a la puerta de la calle, mientras una doncella se acercaba a la bailarina, para entregarle el abrigo, el sombrero y el bolso.

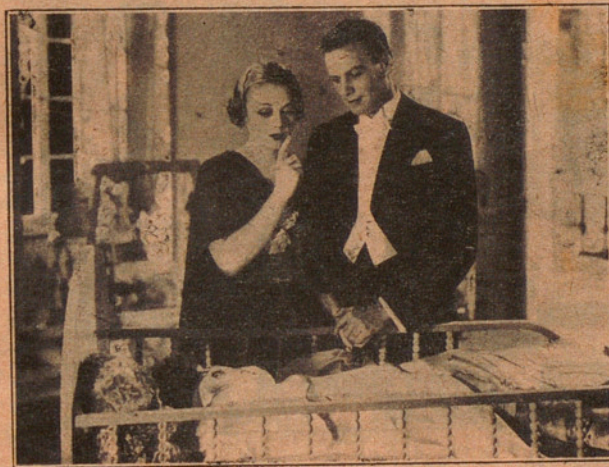
La bailarina, comprendiendo lo que aquello significaba,

se puso nerviosamente el abrigo y el sombrero y tuvo una sonrisa de sarcasmo.

—Ahora—dijo—ha ganado usted. Pero veremos quién triunfa al fin.

Entretanto, Gordon libraba una de sus frecuentes batallas.

Joan, la última víctima de su sensualidad y de sus millones, una jovencita a la que había seducido con la promesa



*... porque así podía ver a su hijito y a Jeanie.*

de que se iba a divorciar para casarse con ella, le apremiaba a que cumpliera su palabra.

—Estas cosas no se pueden hacer con precipitación, querida—repuso Gordon.

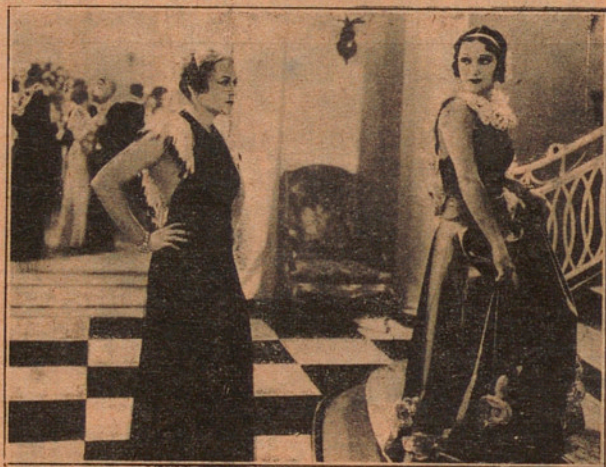
—Si crees que vas a burlarte de mí como te has burlado



de tantas otras, estás equivocado—dijo Joan amenazadoramente.

Y Gordon la dejó plantada confundiéndose con los numerosos invitados.

Terminada la fiesta tuvo que afrontar el millonario otra escena desagradable. Jeanie se negaba a sufrir más humillaciones y le exigía el divorcio, pero él, ciego de celos por-



—Por ahí, no.

que comprendía que seguía amando a Barnes, se negó a pactar la separación con ella.

Jeanie se resignó fácilmente. No era partidaria de escándalos. Y Gordon quedó solo y tranquilo en sus habitaciones.

Pero la tranquilidad le duró poco.

De súbito se abrió la puerta y apareció Joan.

—¿Tú aquí todavía?—preguntó Gordon sin disimular su fastidio.

—Sí, yo, que vengo a ajustar cuentas contigo.

—Tratándose de cuentas lo arreglaremos pronto. ¿Cuánto quieres?

—Quiero que te cases conmigo.

—No hablemos más de eso. ¿Es que te has empeñado en darme la noche?

—Gordon, eres un canalla—dijo Joan con un tono inquisitante—. Pero esta vez te ha salido mal.

Sacó rápidamente un revólver y encañonó al millonario. Este, pálido y tembloroso, dió un paso atrás.

Joan oprimió el gatillo, sonó el disparo y Gordon se desplomó.

La joven huyó aterrada. Tropezó con Barnes que había acudido al ruido del disparo.

—¿Dónde va usted?—le preguntó.

Y Joan repuso sollozando:

—He matado a Gordon. Lo merecía ese canalla. Pero ahora, ¿qué será de mí?

Barnes obró con la rapidez que el caso requería, ayudado por Jeanie. Los dos se apiadaron de la nueva víctima de Gordon.

Barnes le quitó el revólver y le dijo:

—Váyase a casa y si le preguntan, diga que salió de aquí con todos los invitados.

Después llamaron al médico y éste certificó la defunción de Gordon por ataque cardíaco.

En efecto, el proyectil no le había alcanzado.

El millonario había muerto del susto.

\* \* \*

Una carretera, un auto y, en el auto, Jeanie y Barnes.



—¿Sigues sin querer aceptar regalos de nadie?—pregunta él.

—Ahora menos que nunca.

—¿Ni siquiera esto?

Y Barnes le muestra la barrita de carmín que hacía mucho tiempo ella no le quiso aceptar. La había conservado como un tesoro.

—Eso, sí—responde Jeanie.

Y un abrazo pone fin a la escena.

Tras ellos va el niño de Barnes, que ya es hijo de los dos.

F I N

### Números publicados:

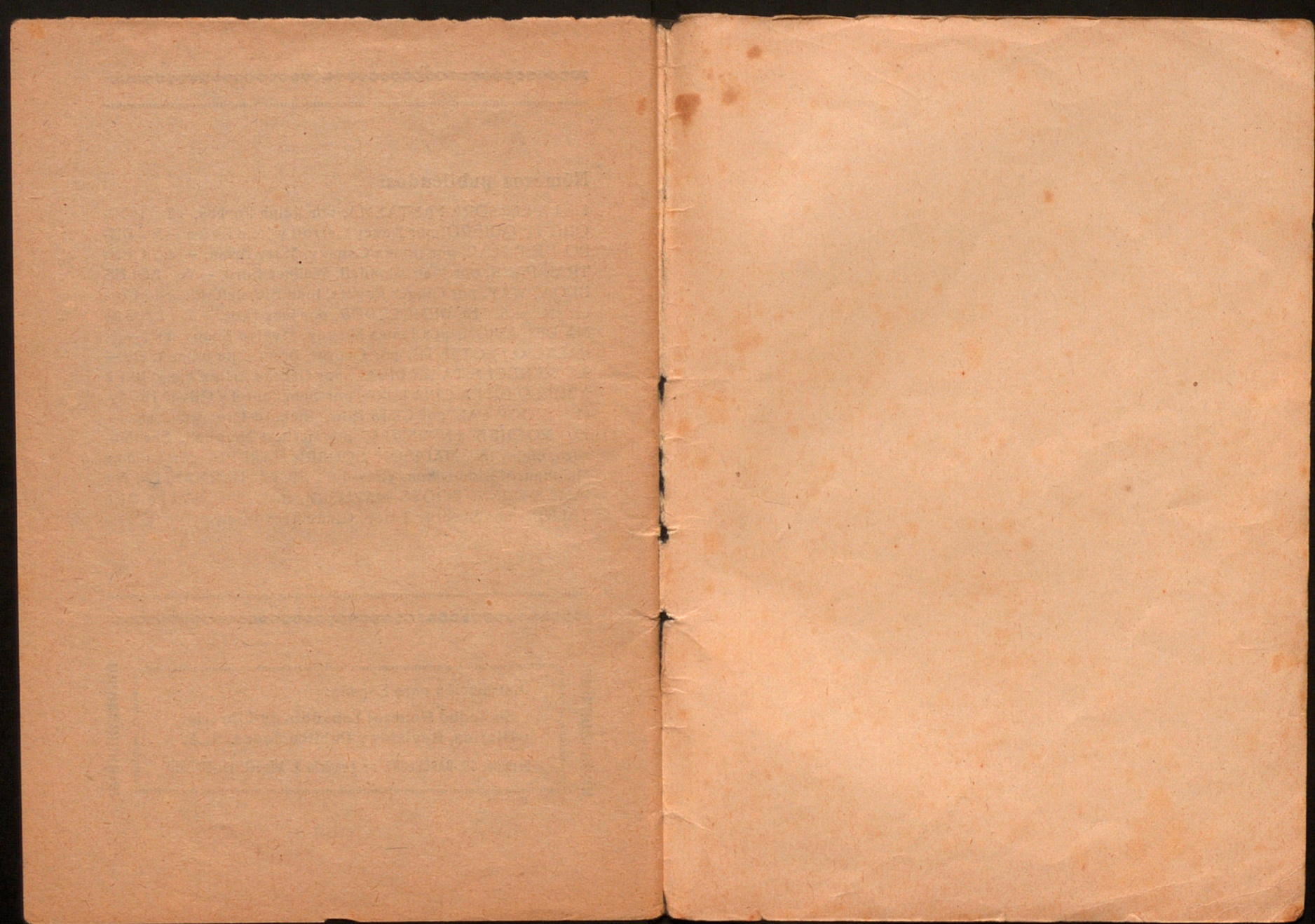
1. LA EMISORA FANTASMA, por Ralph Forbes.—2. PORQUE TE QUIERO, por Nancy Carroll y John Boles.—3. DURO DE PELAR, por James Cagney, Mary Brian.—4. CENTRAL PARK, por Joan Blondell, Wallace Ford.—5. ASI ES BROADWAY, por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cornez, etc.—6. EL DEMOLEADOR, por Jack Holt.—7. LA DAMA DEL AVIÓN, por James Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. PALACIO FLOTANTE, por George Brent, Zita Johann, etc.—9. SE NECESITA UN RIVAL, por George Arliss, etc.—10. EL ABUELO DE LA CRIATURA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.—11. ¡HOOP-LA!, por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. NOCHES EN VENTA, por Herbert Marshall, Sari Maritza, etc.—13. MADISON SQUARE GARDEN, por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc.—14. ¡HOLA, HERMANITA! por JAMES DUNN, BOOTS MALLORY, etc.—15. LA LEY DEL TALIÓN, por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.

Distribución para España:

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16.-BARCELONA :: Evaristo S. Miguel, 11.-MADRID









EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TELEF. 18841 - BARCELONA